



Paz y Bien



XXXII Domingo durante el año.
12-XI-2006

Textos:

I Rey.: 17,8-16.

Hebr.: 9,24-28.

Mc.: 12,38-44.

“Felices los que tienen alma de pobres” (Mt. 5,3).

En continuidad con el evangelio del domingo pasado, la viuda que coloca la ofrenda en el templo, da cumplimiento al primero y más grande de los mandamientos (Mc. 12, 28b-34), abandonó en Dios la preocupación por la vida.

Tanto la viuda de Sarepta, que es uno de los grandes ejemplos bíblicos de lo que es la fe, semejante a lo de Abraham; como la viuda del evangelio, dejan de manifiesto la novedad cristiana anunciada y vivida por Jesús y que nos enfrenta una y otra vez con las “paradojas” del evangelio en la que todo hay que darlo para todo poseer; en estos casos, echan por tierra la “seguridad” que dan los cálculos y previsiones de prudencia de este mundo. Todo el “arte” del cálculo para asegurar la subsistencia, en nada es comparado con el abandono en Dios y el amor a los demás. En el seguimiento de Jesús, la confianza en Dios y la preferencia del hermano siempre superan a la preocupación, con evangélica confianza, por el porvenir, recordemos a los pájaros del cielo y a los lirios del campo (cf. Mt. 7,25-34).

Dos virtudes propias de la esencia del cristianismo, surgen de las actitudes de estas viudas: la simplicidad evangélica y la tranquilidad del abandono en las manos de Dios.

La viuda de Sarepta se abandona a la voluntad de Dios, por las palabras del profeta Elías, ella es pobre en dinero y de toda posibilidad de sostenimiento para sí y para su hijo, pero tiene otra riqueza, aquello de la simplicidad del corazón y de la fe en el profeta.

La viuda del evangelio es paradigma de la verdadera religión en espíritu y verdad, que exige nos pongamos nosotros mismos en juego -¡no sólo nuestro dinero!-. Jesucristo es el modelo y no nos compró con lo que le sobraba, ¡sino con su sangre, con su vida!

Hermanos, estamos acostumbrados a sobrevalorar a la cantidad, como que de ella brotara el bien y la verdad, la palabra de Dios, nos recuerda que “lo que importa no es la cantidad del don, sino la intensidad del amor” (Madre Teresa de Calcuta); en definitiva importa todo el amor que ponemos en nuestro dar.

Volviendo a las virtudes que hemos mencionado:

1- La simplicidad evangélica que estamos llamados a vivir inmersos en un mundo de astucias, complicaciones, de mentiras, apariencias, un verdadero decorado artificial.

En el cuidado de la formación de las virtudes de sus hijos, es importante que formen su sensibilidad de tal manera que sepan discernir donde está el error, donde está la maldad; que en un mundo frívolo, no crean que está en lo más aplaudido, en lo más popular; deben educarlos de tal manera que ese mundo artificial no los fagocite.

La simplicidad está compuesta, por el contrario, de naturalidad, de franqueza, de lealtad, de rectitud, de sinceridad.

Santa Teresita, que buscó y vivió la simplicidad evangélica nos dice: “Jesús me hizo comprender que la verdadera sabiduría está en la simplicidad”. Más aún, Jesús da la sabiduría a quienes poseen la simplicidad de corazón.

2- La otra actitud es la tranquilidad del abandono en las manos de Dios, que se alimenta de la humildad y de la pobreza espiritual que el Señor alaba en las bienaventuranzas: “Felices los que tienen alma de pobres” (Mt. 5,3).

Hermanos, Dios a todos nos ha regalado dones para que los entreguemos a los hermanos, especialmente a los que más sufren, de nada servirían nuestros dones si no los pusiéramos al servicio de los demás, “¿para qué sirve el mejor perfume en un vaso cerrado?” (Dice Violaine, uno de los personajes de “La Anunciación de María”, de Paul Claudel).

En el marco de la palabra de Dios que hemos escuchado y que nos habla de la entrega desinteresada, celebramos la XIV Jornada Mundial del Enfermo. En su mensaje el Santo Padre quiere “rendir homenaje a los que, de diversos modos y en distintos niveles, se esfuerzan para que no decaiga el espíritu de solidaridad y para que, por el contrario, se persevere en cuidar de estos hermanos y hermanos enfermos, inspirándose en ideales y principios humanos y evangélicos” (Mensaje).

Pidamos al buen Dios por los que sirven a los enfermos, donando su tiempo que es la vida, para que, “con la ayuda de María «Salus infirmorum»», testimonien la bondad y la paternal solicitud de Dios. Que la Virgen Santísima consuele a los que se encuentran marcados por la enfermedad y sostenga a los que, como buenos samaritanos, alivien sus heridas corporales y espirituales” (id).

Que Dios conceda la gracia de poder servir siempre y fielmente a nuestros hermanos enfermos.

Amén.

G. in D.